

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Febrero de 1884.

NÚMERO 19.

LA DICMOSA NARIZ

(Cuento filosófico.)

Allá por los tiempos de Mari Castaña, vivía en cierta nación un rey tan desgraciado, que desde que su madre lo parió, no había conseguido gozar de una hora de salud.

En tanto le dolía el *hipogastrio* (vulgo la barriga,) en tanto le atormentaba la *odontalgia* (vulgo dolor de muelas,) en tanto se lo comían los *vermes* (vulgo las lombrices.) Aquello era una lástima.

Afligido como era natural y viendo que sus dolencias se agravaban más cada día, resolvió ponerse seriamente en cura, á cuyo efecto llamando á todos los sábios

de su córte, les habló de esta manera:

—Queridísimos doctores y hermanos míos; mucho tiempo há que estoy, como sabéis, hecho un pegote lleno de pupas y de goteras; vuestras drogas me empeoran en vez de aliviarme y vuestra ciencia llena de terminachos solo sirve para marearme la cabeza. Es preciso pues que os deis á discurrir con el mayor interés buscándome un nuevo y definitivo remedio; á cuyo efecto y para estimularos convenientemente os notifico que si el que me propongais no me cura, os mandaré ahorcar á todos inmediatamente procurando que en la ejecución haya el mayor orden posible para evitar confusiones.

Calcúlese la impresión que tan fáusta noticia haría en el ánimo de aquellos benditos doctores. Un frio mortal les paralizó la lengua, que era donde, digámoslo así, tenían la muerte, y ninguno se atrevía á decir esta boca es mía.

—Vamos, mis buenos amigos, dijo el rey en tono afectuoso para animarles. Id expresando vuestras ilustradas opiniones que ya estoy impaciente por conocerlas.

Un silencio general sucedió á las palabras del monarca. Los doctores se rasearon todos la oreja derecha.

—Veo, dijo el rey que esta vez os cuesta mucho recetar y lo siento porque si en breve término no lo haceis, he resuelto que se os ahorque como si hubiéseis equivocado la receta.

Oír aquello y soltar de nuevo las lenguas fué obra de un instante.

—Sanguijuelas, dijo el primero sin saber lo que decía.

—Sinapismos, balbuceó el segundo dando diente con diente.

—Vegigatorios, suspiró el tercero quitándose la corbata, en el supuesto que no habían de tardar dos minutos en ahorcarlo.

—¡He! señores, dijo el cuarto que era más listo que Cardona. Vdes. no saben lo que se dicen, S. M. tiene una enfermedad rarísima, una verdadera *tirripachitis* aguda y esa extraña dolencia solo puede curarse con un remedio tan extraño como ella.

—¿Cuál es? dijo el rey abriendo unos ojos como medias naranjas.

—Muy sencillo señor: La nariz de un hombre dichoso, cortada en vivo y administrada á V. M. en salsa verde.

S. M. sonrió de satisfacción.

—¡Hola! gritó inmediatamente con voz de trueno. Aquí todos mis servidores.

Un enjambre de vagos se precipitó en la real estancia.

—A ver como se le corta en el acto la nariz al primer hombre dichoso que se encuentre por la calle y se la entrega sin pérdida de momento á mi primer cocinero. Vivo, ya estais de vuelta, y cuidado con regresar de vacío porque ya sabéis que tengo malas pulgas.

En efecto, las pulgas de S. M. eran tan peligrosas que al que le picaban una vez, no volvía á sentir las ya por toda la eternidad.

Los servidores se lanzaron por las escaleras con tanta priesa que los talones les daban en las alas de los sombreros.

Momentos despues ningun hombre de narices podía andar por la córte sin verse asediado y en peligro de perderlas.

Provistos de salvo conductos y reales despachos, los régios emisarios se introducian por todas partes en busca de un hombre feliz y dichoso á quien dejar chato para toda su vida.

Como era natural empezaron por los grandes palacios.

En el primero que entraron fué en el de un duque que cargado de riquísimas condecoraciones se disponia en aquel momento á dar un gran baile en sus elegantísimos salones. La Duquesa, radiante de hermosura, y en manos de sus doncellas recibía los últimos toques de su espiritual *toilette*, para sorprender con ella al mundo *fashionable*. Mil criados empaquetados en

sus correspondientes casacas, corrían de un lado para otro cargados de flores y de otros bellísimos objetos que no servían absolutamente de nada.

La animación reinaba por todas partes.

—¡Sois feliz; Duque! exclamaron los emisarios casi dándolo ya por seguro y disponiéndose por lo bajo para hacerle la operación.

Un terrible puntapié aplicado al primero que dirigió la pregunta, demostró á todos *patpablemente* que se habían equivocado. Su Excelencia estaba de un humor de todos los demonios. Acababa de tener una bronca con su nerviosa consorte sobre la colocación de un jarrón chino que la Duquesa quería estuviese un palmo más allá y el Duque un palmo más acá y concluían de ponerse como chupa de dómíne.

Los emisarios picaron soleta, dirigiéndose con la música á otra parte. La dicha que ellos buscaban no podía andar junta con tanta vanidad y tanto humo.

—Penetremos en este nido de ángeles, digeron enseguida introduciéndose en un lindo hotel habitado por dos recién casados. ¿Si donde hay amor y juventud no encontramos felicidad, donde iremos á buscarla?

Subieron la escalera cubierta de alfombras y atravesando un adornado vestibulo penetraron en un saloncito enantador, donde hallaron á los dos esposos. ¡Pero en que estado! Ella llorosa y desgredada, tendida en una butaca, y él, dando zancadas á lo largo del aposento con cara de pantera acabada de coger.

El demonio de los celos se había introducido en aquel matrimonio reciente para servirle de solaz.

Los emisarios se quedaron descuajados.

—Chico, cierra el bisturi, dijo el que hacia cabeza. Amor con celos y malas pasiones, jamás produjo felicidad bastante para saturar la nariz de un simple chato, cuando menos la de este bárbaro que se conoce la tiene bien puesta. Y se salieron á la calle.



A la sazón pasaba precisamente un conocido general que acababa de hacerse célebre con no se qué barbaridad y estaba ya indicado para ministro.

—Métele mano, chico, dijo el uno.

—Mi general (exclamó el aludido con la intención que ya se supone) ¿estareis satisfecho?

—No lo estoy pero lo estaré ahora mismo en cuanto le rompa un hueso al director de *El Bombo Español*, que se ha atrevido á

escribir un artículo poniendo en duda la página más brillante de mis glorias militares.

—Ta, ta, ta, digeron los criados echando á correr. Asnería en puertas; la hemos hecho buena. Pero Dios mio, ¿dónde encontraremos á un hombre feliz á quien quitarle dos onzas de carne? Nada: situémonos en esta esquina y en nombre del rey preguntemos á todo el que pase. Es la manera de acabar pronto y evitar que nos ahorquen.

El primero que pasó iba muy de prisa. Quisieron preguntarle y en poco les araña. Era un hombre iracundo á quien concluían de robarle veinte duros.

El segundo fué un jugador de lotería que venía de coger el premio gordo.

—Usted si que es dichoso, exclamaron echándole mano. No puede negarlo.

—Callen Vds. por Dios, que estoy para que me ahoguen con un cabello. ¿Querrán Vds. creer que por un punto no he cogido también el segundo premio.

Los emisarios le echaron una mirada capaz de confundirle.

Enseguida pasó un hombre muy colorado, crayeron que era de satisfacción pero resultó que tenía fuego del hígado. La aprensión lo consumía.

Después pasó un aplaudido cantante que daba el *dó* de pecho pero no era dichoso porque había sabido que en la China había otro que daba el *ré*. Tenía envidia.

Luego le tocó el turno á una señora rica y solterona que vivía como pera en tabaque pero en aquellos dias se le había constipado el gato y estaba sumida en la mayor aflicción. Era una beata egoísta y ociosa. No podía ser feliz.

Después pasó una señorita bella y elegante rodeada de admiradores pero iba profundamente afectada porque los guantes le hacían arrugas.

Los emisarios no sabían ya que camino tomar. Siempre daban con alguna miseria humana, algun pecado, algun vicio que ahuyentaba la paz de los corazones. No había una triste nariz que mereciera ser cortada.

Allí pasaron pobres que querían ser ricos, pasaron ricos que querían ser nobles, pasaron nobles, que querían ser sábios; pasaron sábios que querían ser fuertes y robustos, y como los fuertes y robustos que pasaban solían ser generalmente unos patanes á quienes faltaba todo, también tenían aspiraciones; no había pues medio de dar con un hombre feliz.

Los emisarios del rey echaban chispas, y no hacían más que tocarse la garganta. Afortunadamente vinieron en aquel momento á darles una gran noticia: —Tenemos lo que se busca les digeron. No se escapa: es el hombre más feliz de la tierra.

Corrieron los emisarios y se encontraron con un matrimonio tranquilo y reposado que parecía respirar calma y sosiego por los cuatro vientos cardinales.

El era un hombre gordo y rollizo, que se afeitaba solo y llevaba tirantes; y Ella una señora dedicada á sus devociones y á su casa, que pasaba la vida haciendo tortas y rollitos de todos los sistemas conocidos para cebar á su querido esposo que gustaba de comer perfectamente.

—¿Tienen VV. paz? digeron los emisarios.

—Muchísima.

—¿Tienen VV. salud?

—Muchísima.

—¿Están VV. bien de intereses?

—Muchísimo.

Los emisarios respiraron y echaron ojo á la nariz del marido, que la tenía gorda y colorada como un tomate.

—¿No tendrán VV. acreedores?

—No señor.

—¿Ni chinches?

—No señor,

—¿Ni parientes, ni sabañones, ni...?

—No señor.

Uno de los emisarios sacó suavemente una navaja de afeitar.

—¿Siguen VV. pleitos? ¿tienen algo que ver con abogados, escribanos, procuradores?

—Ni Dios lo permita.

—Pues entónces, haga V. el favor, que le vamos á dar un recado, dijo uno de los enviados aproximándose con disimulo al marido.

En aquel momento, se oyó un golpe en la calle, y llamaron precipitadamente á la puerta.

—Señorita, gritó una muchacha desde abajo: el loro acaba de caerse del balcon, y se lo está merendando el perro de la portera.

Oír esto y armarse allí la de San Quintín, fué todo obra de un instante. ¡Qué estrépito! ¡Qué infierno!

—Mónstruo, gritaba la mujer, aullando como una fiera y queriendo comerse al perro para vengar al loro.



—Abotonate esos pantalones, pazcuato, le decía al marido que se había aflojado para tomar chocolate, abotonate, que aquí hay que adoptar una medida.

En esto subía la portera con el pico de la víctima, sin duda para consuelo.

—Señora, V. perdone; ha sido una distracción.

Los emisarios tuvieron que interponerse para que allí no ocurriese una catástrofe. La ira llegó al colmo, y los pobres tuvieron que echar á correr,

—Que nos ahorquen y en paz, dijeron saliendo á la calle. Mientras el corazón de los hombres ande tan desatinado y albergue tanta miseria, no habrá una nariz á que agarrarse. Cerremos el histuri y á casa.

Bajaron la cabeza y empezaron á caminar abismados en graves reflexiones.

A pocos pasos se les unió un triste cortejo.

Dos enfermeros conducían al hospital á un pobre miserable, tendido en una camilla tapada á manera de ataúd. Del fondo de aquel cajón salían ayes lastimeros. Más cuál no sería la sorpresa de los emisarios, cuando entre los quejidos oyeron alabar á Dios de esta manera:

—Dios mío, Dios mío, bendito seas; bendita tu amorosa providencia que me envía estos dolores para mi bien. Tu sabiduría es infinita, tu bondad inmensa; ¿cómo es posible pues que tu bondad y tu sabiduría manden á los hombres grandes males, sino para realizar grandes bienes? El hombre sufre torturas, pero la fe y la razón cristiana le dicen que son como las que hace sufrir el cirujano que cauteriza llagas inveteradas ¿Y qué llagas habrá más inveteradas que las de nuestras miserables pasiones y nuestros torpes delitos que son los únicos que se oponen á nuestra felicidad? Bendito seas, Señor; bendito seas; en medio de mis dolores comprendo tu bondad y siento en mi corazón tu mano que me consuela para alentar mi esperanza. Mucho padezco, más soy feliz.

—¿Ha dicho V. feliz? exclamaron los emisarios agarrándose á la camilla como el náufrago que se agarra á una tabla.

—Si señor. contestó el enfermo.

—Pues... alto y destapar, exclamaron, sacando las herramientas.

Los enfermeros obedecieron, la camilla se destapó y..... ¡horror!..... el hombre dichoso no tenía narices. Un cáncer se las había comido por completo.

No cuentan las crónicas si los emisarios llegaron á ser ejecutados. Se cree que nó, porque en aquel mismo día murió el monarca y fué enterrado pomposamente por su sucesor, en el hoyo de un estercolero,

Sic transit gloria mundi.

EL BLASFEMO

Me explico todos los delitos, me explico todos los crímenes, pero no me explico la blasfemia, porque no puedo concebir que el hombre, criado por Dios, alimentado por Dios, sostenido por Dios y vivificado á cada instante por Dios en su alma y en su cuerpo, levante la faz al cielo y escupa contra el Autor de todos sus bienes, contra el que es su padre, contra el que es su vida, y á quien le bastaría simplemente dejarlo de su mano para reducirlo á la nada.

La absurda monstruosidad de la blasfemia podía hacerse más palpable con la siguiente comparación:

Supongamos que un náufrago, arrojado por la tempestad á las playas de una desierta isla, viéndose próximo á morir de hambre ó ser devorado por las fieras, se encuentra de repente con un ángel que, asiéndole cariñosamente entre sus hermosos brazos, le consuela y abriga sus ateridos miembros para volverle la vida.

—Ven, amigo mío, le dice, voy á remontar contigo el vuelo á través del Océano para volverte á tu patria y colocarte de repente junto al hogar donde rezan por tí tu esposa triste y tus afligidos pequeñuelos.

Y diciendo y haciendo le eleva blandamente para cruzar con él los mares, despreciando la tempestad.

Ahora bien; supongamos que una vez en medio del Océano, cuando se oye allá en los abismos el furioso batallar de las olas que se estrellan contra las rocas y el espantoso rugir de los elementos que batallan con los elementos, le ocurriese al náufrago volver el rostro y decir al ángel su salvador: «Eres nada y te desprecio; eres un miserable y te escupo. Aquí, donde tú me ves, te reto y te desafío, para reirme de tus furores y burlarme de tu poder.»

Dí, lector amigo, ¿que juicio formarías de ese hombre? ¿Qué te parecería á tí aquella escena del ángel sosteniendo al hombre para que no perezca, y el hombre desafiando al ángel en el mismo instante que cruza los abismo?



¿Le llamarías estúpido?

No; es poco,

¿Le llamarías ingrato?

No; es poco.

¿Le llamarías loco?

Si; tal vez loco y ciego, porque sólo por la locura y la ceguera podría explicarse tan absurdo proceder.

Pues ahí tienes pintado, aunque muy débilmente, lo que sucede con el blasfemo.

El hombre es un náufrago arrojado del Paraíso; es un ángel caído que se acuerda de los cielos; es un desdichado á quien sus culpas desterraron de su verdadera patria y del reino de su Padre celestial, al que no puede volver sin salvar inmensos abismos de pasiones tempestuosas, infiernos de justicia que tiene mil veces merecidos. Dios mismo, con su misericordia y con su gracia, le levanta cien veces, le anima, le consuela, y, últimamente, le suspende en los brazos de su clemencia para conducirlo al suspirado puerto.

Y, sin embargo, ese mismo hombre, al atravesar el camino, cuando bastaría á Dios abandonarle simplemente para que pereciera, se atreve á escupir al rostro de su salvador insultándole groseramente con las más horribles blasfemias.

¿Quién puede explicarse tamaña locura?

Si el que necesita á un médico para que le cure, léjos de ofenderle se apresura á agasajarle; si el que necesita obtener de otro el más pequeño favor, se cuida mucho de demostrarle su respeto y su gratitud, ¿qué especie de locura impulsa al hombre á faltar respecto de Dios, que es su salud y su vida, á las más sencillas reglas de la prudencia humana?

Yo casi adivino la razón.

¿Tiene Dios tanta paciencia! Tal vez se ocupa poco de los hombres, dicen.

¿Qué ciega ignorancia!

Si la paciencia de Dios es grande, grande y segura es su justicia.

El blasfemo impenitente no puede tener buen fin. Huérfana su familia de las bendiciones de Dios, no puede menos de ser tarde ó temprano presa de la más negra desgracia.

¿Cuántas inesperadas tragedias presencia uno en el mundo que tendrán su secreta explicación en la lengua de un blasfemo!

¿Que Dios no se cuida de los hombres? ¡Necios! Se cuida de dar vida á los insectos más despreciables; se cuida de nutrir las esponjitas en medio de los mares, ¿y no había de cuidarse del único sér que crió para que le conociese y le amase, del único sér á quien quiso dar el dulce nombre de hijo?

Desdichados blasfemos que secan con sus lenguas el rico venero del amor de Dios. No saben lo que se hacen. ¡Oh! si lo supieran, meterían llevados de su arrepentimiento, la lengua en el fuego, como metió Muscio Scévola la mano para castigar su torpeza.

Infinitas son las sentencias que tiene fulminadas el Espíritu Santo contra las lenguas de los maldicientes y de los blasfemos y no hay para qué decir que las sentencias de la Divina Sabiduría jamás dejaron de cumplirse.

Contra la blasfemia no hay más que el arrepentimiento y la vigilancia.

A propósito de esto recuerdo la manera con que cierta Hermana de la Caridad logró curar tan infame vicio á un general del ejército francés.

Era un veterano curtido en las batallas. Su lengua impía jamás respetó el nombre del mismo Dios que le guiaba á la victoria. Plugo á éste un día dejar obrar su justicia, y el general, herido y humillado, cayó en poder del enemigo, perdiendo la gloria, la salud y el honor.

Asistido en el hospital por uno de esos ángeles con figura humana que llaman Hermanas de la Caridad, notó ésta que el herido llevaba en la lengua su sentencia de muerte.

Entonces, al par que en la curación de su cuerpo comenzó á trabajar en la curación de su alma.

Por fin logró con su paciencia que el veterano llegase al arrepentimiento.

—Pero ¿cómo cortar la funesta costumbre, decía el infeliz conocido ya la extensión de su falta? ¿Cómo no caer cien veces al día sin saber lo que hago?

—Muy sencillo, contestó la Hermana. Imponéos la obligación de darme una moneda para los enfermos pobres cada vez que caigáis por descuido, y yo os aseguro que vuestra vigilancia vencerá vuestra costumbre.

Y así sucedió.

Juraba el enfermo y la Hermana le tendía la mano en silencio. Refunfuñando unas veces, y otras con paciencia, el general cumplía su palabra.

Volvió á blasfemar, y la Hermana le miraba de nuevo, y una nueva moneda venía á aumentar el respuesto de los pobres.

No fué menester que trascurriera mucho tiempo, para que el general se corrigiese; pues siendo el interés un Argos de cien ojos, el mismo interés ayudó á la memoria, y el vicio se cortó.

Pues otro tanto puede hacer cualquiera que quiera cortar tan horrenda costumbre.

Por pobre que sea, siempre puede dar algo, y si no dá dinero podrá hacer cualquiera otro sacrificio como pena de sus caídas, seguro que de esta manera el interés redoblará su vigilancia, y ésta, junto con la idea que habrá concebido de su horrible falta, coronará la obra de la purificación de una boca que Dios hizo para alabarle y servirle, y que él se atrevió á emplear en maldecir al santísimo y bondadoso Artífice que la formó.

AL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS.

Y ¿entraré yo, Dios mio,
En tu adorable pecho soberano?
¿No será desvarío,
Que el inmundo gusano
Llegar intente á tan profundo arcano?

Perdona mi osadía,
Y de tu santo amor la llama prenda
En toda el alma mía;
Que sobre ella descienda
Ese fuego purísimo, y la encienda.

¡Oh Corazon Divino
De mi dulce Jesús, fuente de amores
Que manas de continuo!
Tú calmas los dolores
Que el pecado nos causa, y sus ardores.

¡Oh abismo de pureza
De luz, de suavidad y de dulzura
De amor y fortaleza!
¡Oh paz sin amargura,
Seguro asilo para el alma pura!

¿Fué la lanza cortante
La que rasgó tu Corazón Sagrado?
O fué, Jesús amante,
Que en amor abrasado,
Mostrar quisiste ardiendo tu costado?

¡Oh puerta misteriosa
Que nos abres la plácida morada,
Dó calma, deleitosa
Y paz jamás turbada
Goza tranquila el alma enamorada!

El Corazón herido,
Tu Sierva vió, de llamas circundado,
Y de espinas ceñido:
¡Ay! Jesús adorado,
¡Qué corona te puso mi pecado!

Perdón, clemencia imploro
Olvide tu bondad la culpa mía;
Ya rendido te adoro
Y solo mi alma ansia
Gozar de tus dulzuras, noche y día.

Arda Señor la llama
De tu divino y amoroso fuego;
Inflama al mundo, inflama;
De tu Iglesia oye el ruego,
Y el vicio y la impiedad, destierra luego.

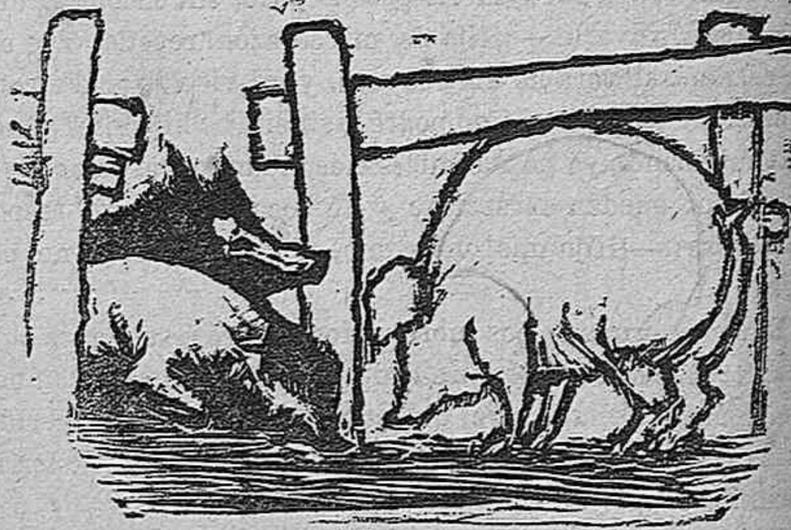
Un entusiasta de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.

¡PENSADLO BIEN! se titula un precioso librito publicado por La Propaganda Católica de Palencia, y compuesto de una sustanciosa serie de consideraciones sobre aquellas grandes verdades que los hombres no debiéramos olvidar jamás y que por desgracia, hoy se olvidan más que nunca. Cada uno de los capítulos vá seguido de historias ó ejemplos muy apropiados para dejar grabada en la imaginación el punto tratado. No podemos menos de recomendar á nuestros lectores tan útil opusculo así como les recomendamos igualmente el que con el título de LA IGLESIA y LOS OBREROS ha publicado también la misma Redacción tratando en él con sencillez al par que con mucho tino las árdnas cuestiones sociales que tanto interesan á las clases obreras, vendéndose ambos libritos á 37 y á 15 céntimos de peseta respectivas en la citada Redacción de "La Propaganda Católica" Barrio-Nuevo 13.1.-Palencia; donde además se encontrarán también otros muchos opusculos utilísimos para propagar entre el pueblo las únicas ideas que realmente pueden llevarle por el camino del verdadero progreso.

FILOSOFÍA POSITIVISTA.

ESCUELA HAEGELIANA.

Grupo de discípulos, dedicado á San Antonio Abad.



Basta de cosas soñadas
Y de dogmas infalibles;
Las personas ilustradas
Fijámos nuestras miradas
En las ciencias.....comestibles.

LA LECTURA POPULAR.

Publicación quincenal, gratuita para las clases trabajadoras

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribución al arbitrio de esta administración para que la haga en las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, establecimientos penales etc.

Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 " "	2 50
Un cuarto id.	1 " "	1 25

Por medio de corresponsal 25 cént. de peseta más por acción.
Corresponsales: en Madrid, Administración de la Semana Católica-Villanueva, 5, bajo. En el resto de la Península, todas las librerías católicas.

En Cuba, M. Fuentes y Comp.ª, Librería "La Historia" Remedios.
La correspondencia á la Dirección de este periódico calle de Belot. núm. 3.

Imprenta de Corneio Payá, calle Mayor, 37.